

Versaciones de un chupaplumas

No sé si seguiremos



Él preguntará, muy extraño cuando lo lea, que por qué; y usted, tratando de esquivar su mirada, responderá en plan evasivo y haciéndose un poquito el mártir, el muy desgraciado y desvalido, que no sabe.

– ¿Cómo que no sabes? – dirá.

– No – dirá usted, como no queriendo hablar más del asunto –; no lo sé.

– A ti te pasa algo – dirá él entonces, al verle tan alicaído y ojibajo.

– No; no me pasa nada – insistirá usted.

Él entonces insistirá¹ con “vamos, déjate de tonterías; sé perfectamente que algo te pasa”.

Usted le contestará, aprovechando la coyuntura, no que preferiría que le dijera lo del ponche calentito y la aspirina y colgase porque, *perdona, pero hoy no tengo ganas de hablar* – porque la suya no es una de esas madres que dicen tan fácilmente *bueno, pues que te mejores* y adiós, sino de las que se enrollan y lo acabaría desconcentrando, ahora que ya parece que se empieza a organizar – sino que, si tanto insiste “y tan interesado estás, ¿Te será tan difícil, llegados a este punto y tan bien que va, tirarme con habilidad de la lengua para que yo, que soy quien tiene los recursos porque para eso soy ahora el escritor, te dé una pista por lo menos de por qué estoy deprimido y pueda, gracias a tus acertadas conjeturas², emborronar unos poquitos folios más?”.

¹ Porque es un amigo. No lo confunda con su madre, que entonces lo echará todo a perder porque el dialogo no cuadrará y será tiempo perdido y papel para tirar y, en el ministerio, la señora de la limpieza ya le ha comentado, así como de pasada, “hay que ver su papelera, hasta arribita siempre más que ninguna otra que está siempre”.

² Que expondrá, convendría, muy bien razonadas y tirando a extensas; (O “de manera un tanto prolija”, que queda muy literario).

Versaciones de un chupaplumas

No sé si seguiremos



– “¡Emborronar!” — Exclamará él — ¿Ves como es verdad que estás deprimido?

Y, para animarlo – porque es un amigo³ –, querrá apartar de su ánimo atribulado (el de usted) los sombríos pensamientos que lo tienen afligido echando mano, seguro, del asunto aquel tan divertido (entendió usted) de la muy buena noticia que tenía que darle.

– ¿Una noticia? – preguntará usted con extrañeza

– Una noticia, sí – responderá él.

– ¿Buena? – recabará usted.

– Buena – repetirá él.

Usted dirá – encogiéndome de hombros – que no sabe, pero que no recuerda nada de ninguna noticia buena.

Él pondrá el grito en el cielo enteramente asombrado de que se le haya podido olvidar “algo que, y mira que te lo puse en bandeja con lo de la novia y tal” y, exclamando “¡hombre, por Dios, pero si se trataba nada menos que de algo tan...!”.

Y se lo contará y, así, sin sentir como quien dice, tendrá unos poquitos folios más que emborronar...

¡Hala; ya está!

¿Ha visto usted qué fácil?

Ahora le queda nada más desarrollarlo. Que se lo dejaría hecho, como me fío tan poquito de usted; pero no puedo porque tengo que pegarle el botón de la camisa que no tuve tiempo el otro día, y planchar otras cinco, y bajar a la tienda de abajo para comprar una lata de guisantes — que le pedí que la comprase, pero a usted se le olvidó — para la ternera a la jardinera que tengo que hacer también.

No sé, pero a mí me parece (y perdone la intromisión) que sería justo que contratase una cocinera, porque desde aquel día en que, para mi desgracia, empezó a confiar en mí y a dejar los cajones abiertos estoy, de verdad se lo digo, que no doy abasto.

Lola

³ Un amigo de los de verdad. No su madre, acuérdesese; y acuérdesese también de que ella lo quiere convencer de lo contrario siempre que se presenta la ocasión; pero es que las madres viudas de hijos únicos son siempre muy celosas. No le pasa sólo a usted.